

LENGUAJE RELIGIOSO, LENGUAJE SIMBÓLICO

José M. Castillo

La comunicación entre los seres humanos, como todos sabemos por experiencia, se realiza mediante el lenguaje. Hablando nos comunicamos, nos entendemos, aclaramos nuestras diferentes maneras de pensar, etc. Pero sería un error pensar que los seres humanos nos comunicamos solamente mediante el *lenguaje*. Más importante que el lenguaje, y anterior a cualquier palabra (o signo visible equivalente), es la comunicación mediante *gestos simbólicos*. Un bebé recién nacido, desde el primer momento de su vida y mucho antes de aprender a hablar, ya se comunica con su mamá. No dice ni palabra. No puede decirla. Y sin embargo, entre la madre y el hijo se establece enseguida una profunda comunicación. El niño le comunica a la mamá, por ejemplo, que tiene hambre. Pero, como no sabe hablar, comunica su necesidad llorando. Ese llanto es el medio de comunicación del bebé hacia la mamá. Y la mamá, por su parte, le responde al bebé dándole de mamar o aplicándole a la boca el biberón. El bebé responde quedándose tranquilo, poniendo una carita de satisfacción y enseguida durmiendo como un angelito.

¿Qué quiere decir todo esto, a primera vista tan sencillo? Quiere decir que los seres humanos, cuando nos comunicamos unos con otros, por supuesto, comunicamos *ideas, conceptos, pensamientos...* Pero, además de eso, y mucho antes que eso, los seres humanos nos comunicamos unos a otros nuestras *experiencias, nuestros sentimientos más profundos*. Lo que *yo sé*, lo digo con palabras o signos visuales equivalentes. Lo que *yo siento*, lo que experimento, lo que vivo en mi intimidad más profunda, eso no se puede comunicar ni expresar con palabras o *signos*. Eso solamente se puede manifestar mediante *símbolos*.

Un símbolo es *la expresión de una experiencia*. Por ejemplo, una mirada, un beso, un abrazo, una caricia, la expresividad de la cara..., todo eso son símbolos, que son indeciblemente más elocuentes que todas las palabras y que todos los signos que hemos inventado los seres humanos. Un signo es *una señal o un objeto* (un sonido, una figura, un dibujo...) *que nos da a conocer otra cosa*. Lo propio del símbolo es que comunica una experiencia. Lo propio del signo es que comunica un conocimiento. Y, como en la vida son más importantes las experiencias que vivimos, que los conocimientos que tenemos, por eso (ni más ni menos), los símbolos son los medios de comunicación que más determinan lo que somos y cómo vivimos, lo que es nuestra vida y nuestra conducta.

¿Qué tiene que ver todo esto con la religión? Es lo más importante, lo más decisivo. Porque la religión no consiste en una serie de conocimientos que tenemos como verdaderos, sino en las experiencias fundamentales que determinan lo que es nuestra manera de vivir y nuestro comportamiento. Por eso el lenguaje religioso tiene que ser necesariamente un “lenguaje simbólico”. Por ejemplo, en los evangelios, Jesús dice que es “el camino”, “la verdad”, “la vida”, “el pastor”, “la puerta”, “la luz”... Esas palabras, que Jesús se aplica a sí mismo, son *metáforas*. Pero una metáfora no es simplemente un adorno del lenguaje, como se pensaba antiguamente. Los sabios estudiosos del lenguaje demostraron, hace más medio siglo, que la metáfora es “una forma de decir algo que de otra manera no se puede decir”. Por ejemplo, si yo digo que he escuchado un concierto de música, pero me ha parecido un “concierto gris”, con eso no pretendo afirmar que la música tiene color. Lo que digo es que la música era mediocre, ni blanca ni negra, ni buena ni mala, sino una cosa intermedia, que me dejó descontento.

Por esto, para expresar, mediante palabras, nuestras experiencias simbólicas, utilizamos metáforas. De ahí que los poetas, los místicos, las personas religiosas, tienen que echar mano de determinadas metáforas para poder así comunicar sus experiencias simbólicas. Una persona enamorada le puede decir a la persona amada que es “un

cielo”. O una persona amargada puede asegurar que su casa es “un infierno”. Las metáforas y los símbolos están más presentes en nuestra convivencia de lo que nosotros mismos nos damos cuenta.

La consecuencia de lo dicho es que *el lenguaje religioso tiene que ser necesariamente un lenguaje simbólico*. Y, por eso mismo también, *un lenguaje metafórico*. Esto nos viene a decir por qué, con tanta frecuencia, los sermones, las homilías, las catequesis, los libros de religión y de teología no le dicen casi nada a la gente. O dicen cosas que no interesan en absoluto. Las personas que van a las iglesias o que se ponen a leer un libro religioso, hacen eso porque tienen algún tipo de *experiencia* que solamente puede encontrar la respuesta adecuada en los *símbolos* que se corresponden con esa experiencia o dan respuesta a lo que la experiencia demanda.

De ahí, la importancia que tiene el hecho de que quien pretende comunicar algo sobre Dios, sobre la fe religiosa, sobre Jesús o el Evangelio (o lo equivalente de cualquier otra religión), haga eso *comunicando su propia experiencia*, no simplemente *los conocimientos que tiene* sobre asuntos de religión. Dicho de otra manera: *las creencias religiosas solamente se pueden comunicar desde la propia experiencia religiosa, no meramente desde los conocimientos religiosos*. Esto es lo grande y también lo peligroso y exigente que tiene la religiosidad. Por eso hay personas que no paran de hablar de religión y lo que producen es rechazo y malestar. Mientras que otras personas, apenas hablan y, sin embargo, su sola presencia transmite tal bondad, tanto respeto, tanta humanidad, que inmediatamente uno siente que ahí está Dios.